

nial, pues tal costumbre no es más que la imitación de las escenas que en tales tiempos se efectuaban. Los encomenderos estaban obligados, según Carta del año de 1532 á la Audiencia de México, á cuidar de la defensa de sus respectivas provincias, á combatir los tu-

multos y sediciones, á tener listas sus armas y á presentarse á los alardes y revistas que debían verificarse en épocas determinadas, y así se practicó por algún tiempo, al cabo del cual aquel ejercicio de los alardes quedó limitado al día de San Juan.



BAÑOS DE CHAPULTEPEC.

VIII

LAS FIESTAS DE LA PATRIA.

EL sentimiento íntimo de amor á la Patria que en su pecho abraza el hombre, jamás se revela con tanta fuerza y energía como en los críticos momentos en que aquella sufre los terribles efectos de una invasión extranjera. Dígalo yo, á quien la injusta guerra americana hizo derramar las puras lágrimas de un niño y la invasión francesa destilar las muy amargas del corazón del joven.

Ese sentimiento digno y grande es el que impera en los fastuosos días que dedica la Nación al aniversario de sus glorias. Unificados los pensamientos de todos sus hijos por un fin tan grande, noble y elevado, dase tregua al dolor y échanse al olvido las rencillas políti-

cas. El entusiasmo alienta en todos los corazones y de tal manera aviva nuestros sentidos que todo aparece ante ellos sobrenatural. Los alegres repiques de las campanas y particularmente los de nuestra hermosa Catedral hieren nuestros oídos como una música celeste, de la misma manera que los conmueven los lejanos estampidos del cañón cual si fuesen los misteriosos retumbos del mar con los que éste revela su grandeza, el sol se presenta á nuestra vista más radiante y esplendoroso, y nuestra bella ciudad engalanada con flores, cortinajes y banderas, transformada en una magnífica mansión de las hadas. ¿Quién no se siente conmovido al presenciar el hermoso espectáculo que ofrece la ciudad en las prime-

ras horas de la noche del 15 de Septiembre? ¿Quién no participa de esa alegría revelada por el inmenso gentío que invade todas las calles, en las que se agita y corre como impetuoso río para desbordarse en la gran Plaza de la Constitución? Allí las bombas estallan en el espacio y arrojan á millares sus luces de Bengala, luces de vivísimos colores que iluminan por momentos todo aquel recinto, dando á la vista el poder de abarcar en su conjunto, aquella masa inmensa del pueblo que no deja más espacios libres que los ocupados por los puestos de los confiteros y fruteros, que desde lejos se distinguen á favor de sus luminarias de ocote. El murmullo que produce la multitud se confunde con las alegres sonatas de una banda de músicos instalados en ese gran kiosco, que se levanta en medio del jardín iluminado por millares de farolillos venecianos; confusión extraña que de vez en cuando es interrumpida por el estampido de un petardo que lanza al aire sus grandes cohetes chisperos y tronadores, que al reventar en las alturas inundan el cielo de lluvias de oro, despiden en todas direcciones rayos de fuego y luces brillantísimas de variados colores. Todo aquel gentío está pendiente del reloj de la Catedral, y ansioso de que llegue el momento en que el Presidente de la República, desde el balcón principal de Palacio, ha de lanzar el famoso grito: ¡VIVA LA INDEPENDENCIA! Momento solemnísimo en que el entusiasmo raya en frenesí.

Los alegres repiques á vuelo de la Catedral y los clamores de la multitud contestan al patriótico vítor del Presidente; las bandas de los cuerpos se reparten por todos los ámbitos de la ciudad tocando alegres dianas, con tambores y cornetas; los vecinos se retiran, según su calidad, á sus palacios, á sus modestas casas ó á los pobres hogares de los barrios, y la gente de fuera á los hoteles y mesones, después de haber permanecido, como muchos de aquéllos, por más ó menos tiempo en los cafés y neverías, y sólo el populacho queda dando quehacer á la policía toda la noche.

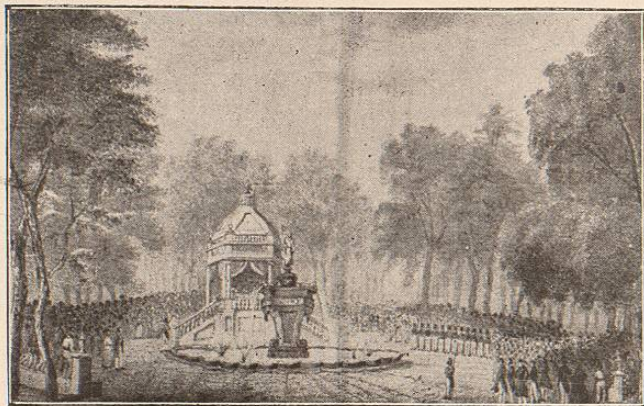
Al día siguiente los repiques de todos los templos y los estampidos del cañón saludan la llegada de la aurora. Esa linda mañana se distingue de las demás porque aparece más brillante y puro el Sol, como si tomara parti-

cipación en nuestro contento; por el afán que se advierte en los vecinos para adornar sus casas con cortinajes y festones; por ese ir y venir de los floreros, portadores de guirnaldas y coronas ensartadas en bastones de madera; por el movimiento de los carruajes, que ruedan velozmente para ir á situarse en conveniente lugar de alguna bocacalle, desde donde puedan ver sin obstáculo los que en ellos van el desfile de las tropas; por la presencia en las calles de las bellas mexicanas, muy bien ataviadas como saben hacerlo, que se dirigen á las casas situadas en la línea de la carrera, y van á ser la principal gala y ornato de los balcones, y, en fin, por la animación general que reina en el pueblo, que corre y vuela para colocarse en las aceras, detrás de la valla de los soldados, y acaba por formar en éstas, barreras impenetrables.

Para hacer resaltar las diferencias que ha establecido el tiempo sobre la manera de celebrar nuestra independencia, conviene retroceder á la época á que se refieren las narraciones de este libro.

La función de la noche de ese día celebrábase antes en el Gran Teatro Nacional, cuya compostura, así como el arreglo de aquélla, estaban á cargo de la antigua Junta Patriótica. Adornábase el pórtico y el salón del Teatro con banderolas y festones; hermosas arañas de cristal pendían del techo y el foro se convertía en otro salón de menores dimensiones, cerrado por grandes cortinajes, lienzos decorativos y espejos, en los que se reflejaban las plantas y los ramos de flores que constituían el más precioso adorno. Al frente se colocaban, bajo un dosel de terciopelo, los asientos de honor destinados al Presidente y á sus Ministros; á la izquierda se ordenaba la orquesta, y á la derecha asientos para ciertos invitados, así como para algunos poetas y cantantes. Los alegres acordes del Himno Nacional saludaban la llegada del Presidente que se dirigía á su asiento atravesando el salón por en medio de la concurrencia puesta en pie, y la función comenzaba. Reduciase ésta á la lectura del discurso oficial y de la Acta de la Independencia, á la recitación de composiciones poéticas que alternaban con hermosas piezas musicales ejecutadas por la grande orquesta y los artistas de la Opera. En

estas funciones podía advertirse la inconveniencia de tal costumbre, primero porque de la tal fiesta no disfrutaba el pueblo, sino determinadas familias del agrado del Ayuntamiento y de la Junta Patriótica, como siempre acontece; y segundo, por el mal efecto que causaban los discursos á un público ávido de escuchar á los cantantes, y apenas toleraba las poesías si eran cortas y bien recitadas, circunstancias que muy raras veces concurrían en aquel acto. Yo mismo presencié en algunas festividades los desaires inferidos por el público á los oradores, haciéndolos descender de la tribuna antes de tiempo, en medio de una rechifla estrepitosa y de aplausos burlescos que, en México, son más que aquella bochornosos y tímidos.



FIESTA CIVICA EN LA ALAMEDA.

Desde la consumación de nuestra independencia no faltaron quienes intentasen dotar á la República de su canto nacional, pero todos los ensayos fueron infructuosos. En 1849 vino al país el notable pianista Enrique Herz, quien agradecido por el buen recibimiento que se le hizo en la capital, compuso la marcha que, dedicada á los mexicanos, fué ejecutada la noche de su beneficio, en el gran teatro de la calle de Vergara, por los de la orquesta y dieciseis pianistas en ocho pianos, ante un público numeroso. Aquella marcha de tipo antiguo, caracterizado por su ritmo lento, á pesar del aplauso con que fué saludado y á pesar de su difusión en los primeros días no alcanzó, al fin, la popularidad deseada.

A fines de 1853 la Secretaría de Fomento expidió la convocatoria citando á poetas y compositores para la creación del himno na-

cional, nombrándose al efecto los jurados calificadores. El de las poesías, formado por los Sres. Couto, Carpio y Pesado, optó por la verificación de D. Francisco González Bocanegra, y el de las piezas musicales, constituido por los Sres. José Antonio Gómez, Agustín Balderas y Tomás León, se decidió por la composición de Don Jaime Nunó. El 16 de Septiembre de 1854, hízose oír por primera vez, en el gran Teatro el himno que logró alcanzar la gloria de llamarse nacional.

A las fiestas cívicas del día 16, precedía la solemne misa en la Catedral á la que concurría el Presidente con sus Ministros y Estado Mayor, el Gobernador del Distrito, Ayuntamiento de la capital y altos funcionarios civiles y militares, siendo el acto más lucido en la

época de Santa-Anna por la ostentación que éste desplegaba en sus ceremoniales.

La comitiva que constituía el llamado paseo cívico salía de Palacio y recorría parte de la plaza principal y las calles de Plateros y San Francisco, para penetrar por el ángulo SE. de la Alameda en la gran glorieta central, á un lado de la cual se levantaba el templete improvisado en que habían de instalarse el Presidente y su séquito para oír la oración cívica que desde la tribuna, previamente colocada, dirigía al pueblo el comisionado nombrado, al efecto, por el Ayuntamiento.

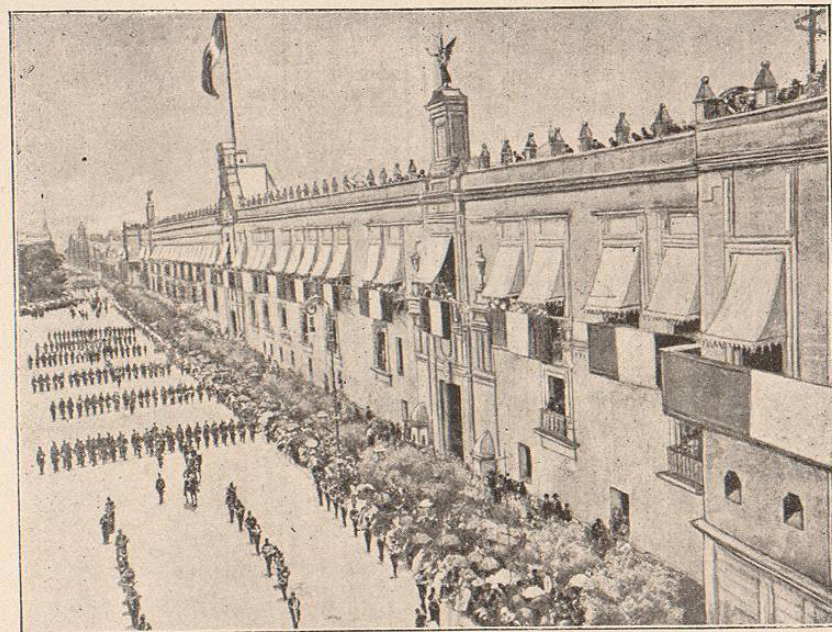
La cívica procesión si no fuera por la compostura de las calles, por los repiques, por las músicas y por la gente tan alegre y las tropas tan peripuestas y vistosas, producían un mal efecto, pues cualquiera, al verla, creería que se trataba de un entierro. Los empleados y mu-

chos particulares que seguían á los vítores, formados por los diversos gremios de artesanos, marchaban á paso lento, de dos en dos, vestidos casi todos de negro, y se detenían aquí y allí para no cortar la procesión, sin saber á dónde poner las manos ni á dónde dirigir la vista. Esa culebra negra que apoyaba su cabeza en la calle del Puente de San Francisco y la cola aún no volteaba la esquina del Portal de Mercaderes, empezaba á desbaratarse á la entrada de la Alameda, de la misma manera que en las nubes se disuelve una gran tromba.

Tengo por cierto que en tal acto los Presi-

gran trabajo zurcir un discurso, pues bastábales, para el efecto, un corto vocabulario de frases rebuscadas y altisonantes, como las que siguen:—El ominoso yugo.—Las cadenas de la opresión.—El obscurantismo.—Los Dos Mundos.—La tenebrosa Inquisición.—La hoguera del fanatismo.—El cetro férreo.—El León ibero.—La Aguila caudal.—La tiranía opresora.—Los inmarcesibles laureles.—El Sol ó la luz de la Libertad.—La noche ó las tinieblas de la esclavitud, y así otras por el estilo.

A un discurso del carácter que critico, débese el hallarse vacío el sepulcro de Cortés, en el templo de Jesús, del que violentamente hu-



COLUMNA DE HONOR DESFILANDO FRENTE A PALACIO.

dentes renegaban de su puesto, primero, por el temor de que el discurso, á cuya audición se les condenaba, fuese extenso, circunstancia propia tan sólo de las academias; segundo, por malo y mal dicho, circunstancia que todos advertían, menos el orador; tercero, por el temor á las alusiones á la política del Gobierno, en ocasión que solían aprovechar los indiscretos, y cuarto, por las diatribas á España, circunstancia que caracterizaba á los patrioteros. Esto no quiere decir que escaseasen oradores de talento que, huyendo de tales defectos, pronunciasen discursos dignos y elocuentes. Hoy ha perdidose la costumbre de zaherir á España en los discursos del 16 de Septiembre, por oradores á quienes, ciertamente, no ofrecía

bieron de sacarse los restos una noche para ser remitidos á Palermo, al Duque de Terranova, en 1823, á fin de que no fuesen profanados por el pueblo, incitado por la imprudente excitativa del orador del 16 de Septiembre.

A las interminables parejas de los particulares y empleados seguían las autoridades superiores, el Ayuntamiento, generales y el Presidente rodeado de sus Ministros y Estado Mayor, y á lo último los coches lujosos del Gobierno y los diversos cuerpos del Ejército, á los que se iban incorporando, por su orden, los soldados que formaban la valla. El tiempo que duraba la ceremonia en la Alameda lo empleaba el Ejército para organizar la columna que pronto había de pasar frente al Palacio y ha-

cer los debidos honores al Primer Magistrado de la República. El regreso del Ejército, así ordenado, por las calles de la carrera, constituía, el acto más grandioso de la solemnidad.

Juegos de volatines en la plaza, paseos, circo y otras diversiones por la tarde; fuegos de artificio, teatros y espléndidas iluminaciones por la noche, completaban las distracciones de aquel día, á cuya solemnidad ó brillo contribuían las colonias extranjeras.

Algunas veces amenizaban la procesión hermosos carros alegóricos.

La festividad del 16 de Septiembre fué instituida por decreto de la Regencia de 2 de Marzo de 1822.

Antiguamente, en la época de Santa-Anna, con especialidad, celebrábase además otras fiestas patrióticas como las del 11 y 27 del mismo mes de Septiembre, la primera en conmemoración de la batalla de Tampico contra Barradas, y la segunda como aniversario de la entrada en México del Ejército trigarante al mando de Iturbide.

Todos los actores de aquel drama extraordinario han desaparecido de la haz de la tierra y se hallan sujetos al juicio de Dios, actores de aquel drama que, como final resultado, desató vínculos políticos, pero que ni pensó ni intentó romper los lazos que estrechamente deben unir, para siempre, á la madre con la hija.



IX

EL DIA DE MUERTOS.

“Vestidos negros y pensamientos verdes.”—QUEVEDO.

“**T**ODOS los calendarios, sin excepción, dicen:—“Noviembre 2.”—“Conmemoración de los fieles difuntos.”—¡Qué gran mentira es ésta! Tan inexacta y tan falta de fundamento es la tal indicación como la de los pronósticos que acerca del buen ó mal tiempo nos aseguran, con inaudito descaro, los mismos almanaques. Deberían decir, para no faltar al octavo mandamiento:—“La festividad por los fieles difuntos.”

Que muchos llevan ese día luto en el ves-

tido y luto en el corazón, nadie podrá negarlo; que muchos acudan presurosos á los cementerios para colocar en los sepulcros de sus deudos, como ofrendas de su amor, cirios y flores, ninguno tampoco puede ponerlo en duda; mas lo que sostengo, por que el hecho está á la vista, es que en tal día dominan generalmente los pensamientos verdes de que trata Quevedo, y las lágrimas de cocodrilo de que hablo yo.

Ese día es para unos, y hablemos claro, pa-

ra los creyentes, un día de llanto y de profunda meditación, y para otros, es decir, para los indiferentes ó tibios, un día de risa como otro cualquiera. Los primeros, como se ha manifestado, son los que llevan á los sepulcros flores y cirios: aquéllas como la más pura manifestación del acendrado cariño y éstos como el emblema del fervor religioso. Las flores constituyen el adorno más precioso de la tumba, que la envuelven en una atmósfera de suavísima fragancia, y los cirios son el símbolo de la oración, exhalada continuamente por la llama que se dirige al Cielo y expresada por el constante chisporroteo de las luces. Los indiferentes llevan también cirios y flores, pero no para expresar aquellos sentimientos, sino para rendir culto á la costumbre y dar su tributo á la vanidad.

Todos van á la mansión de los muertos, y los mismos escépticos al entrar en el camino trazado por los actos civiles no pueden prescindir de penetrar en los que marcan los religiosos y, ¿sabéis por qué? porque son arrastrados por la irresistible fuerza de la creencia universal, de la misma manera que un peñasco es arrastrado por impetuosa corriente ó arrebatado por el violento alud de la montaña.

LOS ENTIERROS.

Una cartulina negra con letras de oro ó plata, ó bien blanca con letras negras, te anunciaba, lector querido, la muerte de un pariente, de un amigo ó de un simple conocido, cosa en verdad que pasa en todos tiempos: mas la diferencia que encuentro entre las tarjetas antiguas y las de ahora, me obligan á tomarlas, como se dice en estilo oficial, en consideración.

Sobre fondo negro y lustroso, que era de uso más general, aparecía dorada ó plateada, y más ó menos bien dibujada, una urna debajo de un baldaquín, sostenido por columnas cuyas bases eran unas calaveras ante dos canillas cruzadas, descansando sobre aquellos capiteles unas lechuzas, aves nocturnas que ven en las tinieblas y tienen un canto monótono y lúgubre. En la plancha principal de la urna figurada, ó en la de su pedestal si lo tenía, aparecía el fatal anuncio, redactado en los mismos términos usados hoy, sin más diferen-

cias que la de no expresarse, por innecesaria entonces, la advertencia de que la muerte había efectuándose en el seno de la Iglesia Católica y la de insinuar al invitado, lo que hoy no se acostumbra, á que concurriese á los funerales con su coche (si lo tenía se entiende).

Reuníanse, como hoy, los dolientes á la hora señalada, en la casa mortuoria, y en tanto que unos permanecían en pie en el patio y en los corredores, otros entraban en la sala ó asistencia, cuyos muebles y espejos se hallaban cubiertos de lienzos blancos sostenidos por lazos y moños negros, esperando aquéllos la salida del ataúd de la pieza que había servido de capilla ardiente, momento terrible en que los sollozos y algunos lejanos y ahogados gritos, anunciaban á los dolientes la irremediable cuanto penosa despedida de los deudos del difunto.

Los entierros efectuábanse de la manera que paso á indicar.

Allá en tiempos de Maricastaña asistían á los funerales los *trinitarios*, que era los aguadores, que, conforme á las prescripciones de su cofradía, establecida en el templo de la Santísima, enterraban á los muertos, á cuyo efecto vestían hopalanda colorada y valona de lienzo blanco. Cuatro de ellos cargaban el ataúd, y unos diez ó más, marchaban por delante, de dos en dos, con vela encendida en mano. Muy anterior á ésta cofradía fué la que existió en el mismo templo de la Santísima, desde el 20 de Marzo de 1580, cuyo título fué: “Archicofradía de la Santísima Trinidad,” formada de doce caballeros ó guardianes de la sagrada imagen, quienes vestían igualmente túnicas purpúreas, con encomiendas y escudos de metal, y cruces triangulares sobre el pecho. Guiábalos en las procesiones el guardián tesorero, enarbolando un estandarte en el que lucía una cruz azul en campo carmesí. Con el tiempo aumentóse la Archicofradía con el gremio de los sastres, que tuvieron por patrón á San Homobono, y más tarde con el de los cirujanos, farmacéuticos y flebotomianos, que por patrón principal adoptaron al Santo Cristo de la Salud, cuya imagen se ha venerado en el mismo templo, y por patronos secundarios á San Cosme y San Damian, bajo cuya advocación se fundó la primera ermita que en el lugar de aquel templo existió.